

Manuel Machuca

Doctor en Farmacia. Escritor



Mirando atrás sin ira

Fútbol en salsa rosa

El fútbol es la vida, como nos lega la voz de **Fernando Fernández Gómez** cada sábado de tiki-taka, y si, como dijo **Vujadin Boskov**, “fútbol es fútbol”, también podemos afirmar que “la vida es así”, como nos recordaba hace años el desgarbado **Luis Aguilé**, del que **Néstor Kirchner** copió el estilo de llevar un traje de chaqueta.

No hay nada que se asemeje más a la vida pública de estos últimos años que un equipo de fútbol. Es más, basta mirar a nuestro alrededor y ver qué es lo que tiene éxito, para poder describir al ser humano de estos días.

En días de campaña electoral escuché una frase que encontré brillante: “estamos viviendo una democracia de salsa rosa”. Enseguida imaginé un escenario televisivo, en los que los especialistas de gran talla intelectual que habitualmente sacan lo mejor de la especie

humana, eran sustituidos por **Zaplana, Carod Rovira, Pepiño, Acebes, Llamazares, Rajoy, Ibarretxe, Rubalcaba**... No sé si, previo cambio colorístico de *look*, de acuerdo a las necesidades de la audiencia, el programa hubiera perdido *share*. Me temo que no.

Desde la caída del Muro de Berlín, estamos asistiendo a un auténtico ocaso de las ideologías, que han sido sustituidas por sucedáneos, que mantienen el nombre pero no su fondo. Y hemos dado paso a las militancias, por las que uno se asigna a un determinado pensamiento y todo se analiza desde la perspectiva en la que uno se declara integrado.

Así, en temas importantes que han llenado la pasada legislatura, como pueden ser emigración, matrimonios homosexuales, aborto, eutanasia, memoria histórica, nacionalismos, etc, se dice y se piensa lo que dicen pensar quienes encabezan nuestra militancia, que se ha convertido en otro estilo,



esta vez empresarial, de moda: la franquicia. Los partidos, las religiones, etc, se han convertido en franquicias, con una única imagen exterior, un mismo estilo igualitario, un mismo mensaje y una similar aversión a todo lo que signifique mostrar un matiz diferente en su inte-

No hay nada que se asemeje más a la vida pública de estos últimos años que un equipo de fútbol



rior. Y eso se ve hasta en la cara de las personas. Y si no, basta fijarse con el peinado franquicia de las mujeres jóvenes, o con aspiraciones a jóvenes, de hoy: ese *look* “maritrini” de flequillo recto que a mí particularmente, me hace ver a todas iguales. El “pienso luego existo” de

Descartes, lo hemos reemplazado por el “milito luego pienso”, de la actualidad.

Y pasa lo que pasa, que cuando se enfatiza en la militancia y se pierde en pensamiento, nos hacemos cada vez más radicales y se nos deteriora la visión de conjunto y el

sentido estratégico común que debemos tener. Salvo, por supuesto, que volvamos a pensar en aniquilar a los contrarios, de lo cual ya tenemos amplia experiencia en este país.

Como en el fútbol, somos más de nuestro equipo que del fútbol en sí. Ha dejado de gustarnos el

El “pienso luego existo” lo hemos reemplazado por el “milito luego pienso” de la actualidad



No, si nuestro equipo no funciona, o no funciona como otros años, todo es una mierda

fútbol, y lo que nos gusta es nuestro equipo. No disfrutamos con la belleza de un deporte, de admirarnos con esa mezcla de talento y trabajo, fuerza y astucia, estrategia y psicología, precisión y empuje, razón y emoción, que hace de este deporte uno de los más completos para el ser humano, entendido como cuerpo y como espíritu. No, si nuestro equipo no funciona, o no funciona como otros años, todo es una mierda. Por eso, tenemos nuestro equipo, y si no es de los grandes, que también aquí hay un acusado bipartidismo, pues tenemos nuestro primer y nuestro segundo equipo.

En política ha pasado lo mismo, especialmente en esta pasada legislatura. Hemos dejado de tener un sentido político estratégico y nos hemos dedicado a jugar un derby de la máxima, que ha durado nada más y nada menos que cuatro años. Por eso más de uno nos hemos cansado y hemos optado a volver a asistir a partidos de regional preferente.

Es cierto que quienes han abroncado la legislatura han sido los que no asimilaban la dura derrota, porque dura derrota es caer de la mayoría absoluta a la oposición. Pero, y en esto quiero ser muy crítico con aquéllos con

los que me siento más afín, no se puede permitir entrar a ese trapo siempre.

Hay dos muletillas clásicas, lugares comunes a uno y otro lado del espectro político, que se retroalimentan entre sí: la melancolía pre-constitucional de la derecha y el anticlericalismo de la izquierda. Azuzar insistentemente con esa cantinela desviste a ambas opciones de sus facciones, no más moderadas, sino más tolerantes. Porque una de las cosas que se han perdido en estos años es la tolerancia.

Es frecuente pensar que la gente más tolerante de la izquierda se encuentra a la derecha de esta opción y viceversa en el caso de la derecha, situándola a la izquierda de ésta. Creo que no es así. Se puede ser muy tolerante y no por ello dejar de ser fiel y coherente a unas ideas políticas. Para mí, la gente tolerante tiene como primer objetivo el bien común, por encima de una determinada opción. Quizás sea esto algo que estamos perdiendo, porque estamos primando lo nuestro por encima de lo de todos, a pesar de que somos todos los que vivimos y queremos seguir viviendo aquí.

Los primeros años de la democracia quedaron marcados por el bien común, por prevalecer que escogiéramos un camino válido para todos, y en el camino fueron quedando

en un segundo plano temas que pudieran en ese momento perjudicar ese bien común ansiado. Posiblemente por ello se aparcaron temas espinosos, para los que se consideró que no estábamos preparados para abordar en toda su justa medida.

Temas que han salido a flote en la última legislación, y que se han tratado rematadamente mal, y al final, como no podía ser de otra manera, han contentado a muy pocos, probablemente a nadie, salvo a los que se conformaron con sacar algo, que justificase que el tema se había tocado. Nuevamente cerrando mal las puertas.

Es obvio que en este momento me refiero a la ley sobre la memoria histórica, un tema para el que considero que los españoles sí hubiéramos estado dispuestos a abordar en justicia, pero que en la práctica se convirtió en un canto a la militancia por encima de la tolerancia. Por decirlo en términos futbolísticos, en un *catenaccio* a ultranza entre dos equipos que ridículamente se limitaron a esperar el pitido final del partido, imitando el cántico de guerra maorí, con el que la selección de Nueva Zelanda de rugby trata de intimidar en cada encuentro a su rival. Sólo que esperar al pitido final, asustando al contrario sin jugar a la pelota, deja el marcador como empezó y



favoreciendo a los que viven de la bronca.

Recuerdo testimonios de personas que se van a perder sin remedio, probablemente porque insistimos en entrar al trapo de caer en las radicalizaciones, en buscar como objetivo final el hacer justicia a los nuestros, cuando el verdadero objetivo es debería ser que en este país exista memoria de que algo horrible ocurrió, de conocer las causas que lo provocaron, de ver cómo la victoria de unos hizo que sólo unos muertos se recordasen, y que hora era de recordar, restituir y hacer justicia con los que no la tuvieron en su momento.

Cuanto más entremos a radicalizar, más se beneficiarán quienes pretenden que nada se mueva, que nada se haga. De esta forma, pronto quedarán en el olvido, por ejemplo, cómo los habitantes del Tiro de Línea, barrio obrero de Sevilla, cerraban sus portones al oír los cascabeles del coche de caballos de la policía, que llamaba a la puerta de casa de Paco:

—Agente, buenas noches, ¿qué le trae por aquí?

—Venimos a buscar a Paco.

—Está durmiendo ahora.

—Pues dígame que se levante y baje.

Se puede ser
muy tolerante y
no por ello dejar
de ser fiel y
coherente a
unas ideas

—Es que está en pija-
ma. Espere a que se vista.

—No se preocupe, que
baje así. Adonde va no le
va a hacer falta ir vestido.

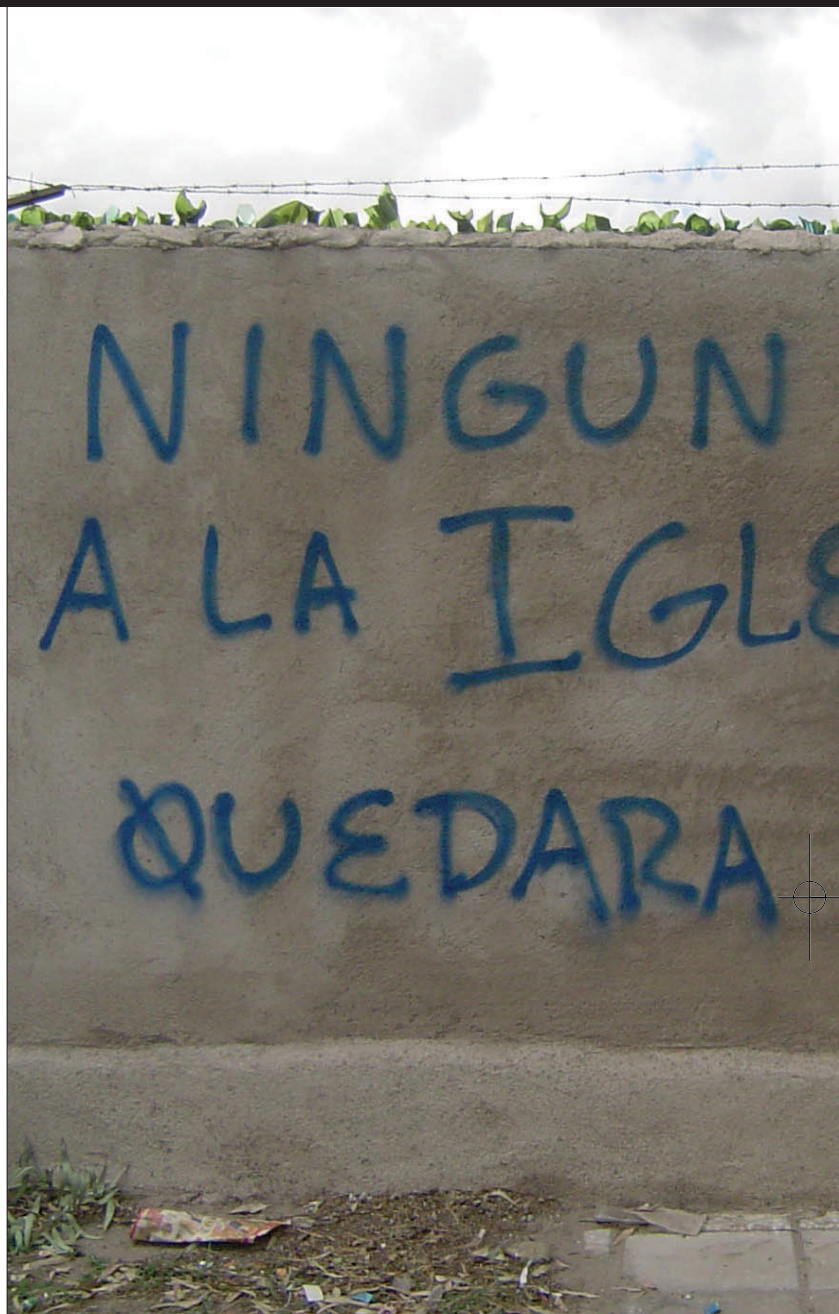
Y Paco nunca más vol-
vió.

O la historia de José,
ya fallecido hace años, que
tenía un hermano retrasa-
do, que no sabía leer ni es-
cribir, y que lo tenían colo-
cado en un bar del Partido
Comunista. José vio a su
hermano por última vez,
subido en un camión del
ejército aquellos días de
julio. Su hermano le decía
adiós, sin saber a dónde
iba. José tampoco lo supo
nunca.

Ya no nos gusta el fút-
bol, nos gusta nuestro
equipo, y nos llenamos de
prejuicios contra quienes
no son como nosotros, a
los que clasificamos y en-
juiciamos, no por lo que
hacen, sino por cómo se
autodefinen.

Resulta paradójico ver
que en una época en la que
este país se declara menos
católico que nunca, se po-
nen tan de moda los peores
tics del nacionalcatolicis-
mo de épocas pasadas: la
intolerancia, los prejuicios,
el sectarismo, la pureza de
sangre... Es decir, sólo va-
loramos al cristiano viejo,
obviamente ahora con otro
nombre, pero al fin y al ca-
bo, con el mismo sentido.
Perros antiguos con colla-
res diferentes.

Porque vivimos en una
sociedad epidérmica, en la
que el maquillaje, la sili-
cona o el colágeno triun-
fan y aspiran a suponer un



cambio más profundo. He-
mos renunciado al espíritu
a favor de la silicona. Y
epidérmicas son nuestras
emociones, que por irra-
cionales y superficiales, se
convierten en armas de
destrucción masiva, hasta
ahora sólo desde el punto
de vista social, aunque
nuestros muertos también
nos cuestan.

Pareciera que hemos
renunciado a una demo-

cracia real, en detrimento
de una formal. Admitimos
que existan otros pensa-
mientos para asegurar que
lo formal se mantiene, pe-
ro dicho esto, saltamos al
cuello del primero que se
mueva (siempre que no
haya dicho que es de los
nuestros).

Generamos más igual-
dad formal y más desi-
gualdad real. A veces nos
quedamos en que se garan-

Es paradójico
que se pongan
tan de moda los
peores tics del
nacional
catolicismo



ticen unos derechos, en detrimento de que estos derechos se apliquen realmente con justicia y equidad. En el sistema sanitario público, del que tan orgullosos nos sentimos, el médico de atención primaria deriva más a los pacientes a atención especializada en los barrios ricos que en los pobres. Nuestro sistema educativo, en esa ansia de equiparar por

abajo, está haciendo convivir una mayoría absolutamente mediocre e incul-ta, que aprueba y saca títulos, con otros alumnos de una excelencia como nunca tuvimos. Es realmente terrible, de una carga social de profundidad espantosa, hacer que, con esfuerzo o sin él, los alumnos aprueben. ¿Por qué reto en la vida se esforzarán luego, si siempre van a es-

tar esperando a que, como en el cole, alguien les dé el visto bueno en lo que hagan? Estamos inactivando su capacidad de lucha, de tenacidad y de afrontamiento de la adversidad. Capacidades que, vista la sociedad de hoy, son absolutamente indispensables, y cuya ausencia les puede llevar al fracaso. Lo que, rodeados de tanto hedonismo y miedo al dolor, puede desencadenar consecuencia terribles.

Creo que el reto más importante que tenemos para esta próxima legislatura es recuperar el sentido colectivo. Volver a amar el fútbol. No es mal desafío, especialmente porque los capitanes de los equipos son los mismos. Lo tiene más complicado la oposición, porque ha perdido, porque tiene muchos fantasmas que sacudirse y porque tradicionalmente ha confiado más en las individualidades, en las estrellas, que en el equipo. Ya se ve que los partidos no se ganan en la pizarra, ni con **Pizarro**.

Pero quienes ganaron deben dejar a un lado sus complejos. Sí, sí, sus complejos. Y dejar de entrar al trapo. No entrar en el juego del rival y buscar el suyo propio, porque su gran fortaleza es el colectivo, demostrar que no es incompatible jugar bien y ganar.

El fútbol es la vida, pero mi equipo, por si sólo, un mal sucedáneo. ■

www.manuelmachuca.com

Pareciera que
hemos
renunciado a una
democracia real
en detrimento de
una formal